

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

LA PROMESA

Padre e hijo habían salido a pescar muy de mañana. Llamábase el padre Andrés y el hijo José Antonio; aquél como de cuarenta años, entrecano el cabello, afezado y cerceño el rostro, nervudo y sarmentoso el cuerpo ligero que holgaba dentro de los pliegues de la blusa y del engomado pantalón de faena; y éste, José Antonio, como hasta de quince años, de la ceta cenceña, nervuda y sarmentosa de su padre, y como él, con unos ojos de valentía y de inteligencia y unos labios en que se derramaba, a poco que se sonriera, un panalito de dulzuras.

Habían salido de casa antes de rayar el alba.

La barquilla o chalupa de Andrés, era pequeña, como lo indicaba su nombre específico; no era nueva, aunque muy limpia y bien carenada y calafateada y con su poco lujo de pintura, consistente en una blanca cinta que la rodeaba a cuatro o seis dedos del borde o carel superior; y hacia adelante, en el fondo de la cinta blanca y color azul se leía el nombre de pila que el Cura del lugarejo había impuesto a la embarcación: «Nuestra Señora del Carmen».

La mañana se deslizaba hermosa y seductora, y aunque la pesca en los primeros momentos no era abundosa, fascinados por el espectáculo matinal y gozándolo a pulmón lleno, se habían internado Andrés y José Antonio en alta mar ¡muy en alta! separándose de la oscura tierra más ¡bastante más! de lo que fuera necesitar...

Volaba la barquilla de Andrés sobre el mar como una golondrina en el espacio, y mientras el padre, empuñando el timón, hacía virar y revirar a la lancha, con la habilidad con que un experto ginete torna y sofrena al generoso bruto, el hijo, sentado sobre uno de los banquillos de la proa, sujetaba el cabo de uno de los aparejos, sumergido en el mar; y cuando salía el sumergido con alguna víctima en el anzuelo, ya Andrés había preparado otro y otro, colocando sabrosa carnada en nuevos anzuelos prendidos por sutilezas de alambre.

—Paréceme ser ya hora de volver, José Antonio—dijo de pronto Andrés, enfocando la barquilla hacia donde debía caer el puerto.

—¿Dícelo por miedo, padre?—contestó José Antonio—¡precisamente ahora que estamos en lo mejor de la bregal...

Y Andrés, por no descontentar a su hijo y algo también por demostrarle que no era precisamente el miedo el que le aconsejaba la vuelta, puso de nuevo la

lancha con la proa hacia el mar y dando la popa a la banda de la tierra, la barquilla siguió correteando con la seguridad y presteza de un recental en amplísima pradera.

—Este precepto os doy: Amados los unos a los otros como Yo os he amado.

(Jesucristo a sus discípulos.)

José Antonio estaba de suerte aquel día, y en pocas horas había embarcado ricas piezas, hasta alguna merluza inclusive, que él pensaba ofrecer a su madre para que se recrease con el fruto de los trabajos de su hijo, y para que, con su importe, pudiese mejor pagar la renta que los señores imponían a la familia por el alquiler de la menguada casa y el usufructo de sus pequeñas haciendas...

En lo más deleitoso del bocado se hallaban padre e hijo en alta mar, cuando el azul del cielo se fué trocando en plomizo, y el calor del sol en fuego, y la brisa en viento fuerte. La soledad del océano se llenó de repente de ruidos y las tranquilas aguas se fueron encrespando y entumeciendo, como gigantes que se aprestan a desahogada lucha.

Todo ello fué obra de pocos momentos, y José Antonio, que vió venirle aquel aparato de furias, recogiendo en un santiamén sus aparejos, dijo a su padre con un acento de marcada angustia:

—¿Volvemos ya, padre?...
Y Andrés, bajando a toda prisa la vela que se sacudía con estrépito en el palo, respondió con pasmosa serenidad:

—Volvamos, pues, hijo; si es que da para ello el tiempo.

—¿Cree usted que esto es...?—volvió a preguntar el hijo amedrentado.

—¡La ira de Dios que pasará!...—torció a responder el padre aparentando presencia de ánimo.

—¿Es la galerna, padre?
—Si no es, mucho se le parece, José Antonio... Mas dejémonos de palabras, hijo, si te parece, y manos a los remos, después de afianzarlos bien en los estrovas.

Y como movidos por un resorte, puesta la proa de la barquilla al puerto, comenzaron la faena, después de recoger todo el trapío de la lona.

Para entonces el mar estaba hecho un resalsero de espumas y coraje. Las olas cárdenas se alzaban mugientes persiguiéndose unas a otras en desatentada carrera. El vendabal las enciscaba más y más revolviéndolas en espantables remolinos. Y a todo esto la barquilla de Andrés yendo y viniendo a merced de las furias, sin rumbo, sin orientación, sin esperanza...

¡Jamás la pequeñez humana se muestra tan insignificante como cuando se ve perdida y abandonada en un océano preñado de tempestades!

Remaban Andrés y José Antonio con titánico esfuerzo. El hijo desfallecía por

instantes, y el padre procuraba animarle mostrándole un débil rayo de luz en aquellas horribles tinieblas.

—¿Llegaremos, padre?—interrogaba José Antonio con el rostro despavorido.

—¡Puede que sí, puede que sí!—respondió Andrés por no desalentar del todo a su hijo—. Tú dale al remo y apareja bien conmigo, para que el impulso sea más seguro.

Y continuaban bregando los dos intrépidos pescadores, y el mar proseguía enciscándose y declarándose en espantosa general revolución. Tremendos golpes de agua sacudían a la débil lancha y dos olas formidables, al quebrarse junto a ella, la habían inundado ya en su interior, aumentando por instantes el peligro del naufragio. Otro maretazo igual... y aquella no tenía ya compostura.

—¡No avanzamos, padre, y parece que nos vamos hundiéndolo!...—exclamó aterrado José Antonio, remando con la desesperación de un moribundo que ve que se le escapa la vida pendiente de un hilo... o en este caso de un remo.

Y Andrés, por toda contestación, metiendo su remo en la lancha, se abrazó a su hijo, y con una serenidad de héroe y una resignación de mártir, le habló así:

—¡Verdad dices que no avanzamos y que la barquilla se hunde sin remedio humano! Si se hunde, lo siento más que por mí, por tí y por tu madre, y más aún por tu madre que por tí... ¡Por ella!... porque queda sola en el mundo... Que tú y yo, con la misericordia divina, acaso fuésemos ganando en el cambio... No nos queda, pues, más que un consuelo: el de Dios, y una esperanza: la Virgen del Carmen, cuyo nombre llevábamos en la lancha... Pongámonos de rodillas, hijo, como Dios nos dé a entender, y hagamos una promesa a la Virgen del Carmen, de ir a visitarla en su ermita, si nos libra de este infierno...

Y abrazándose padre e hijo, como, en efecto, Dios les pudo dar a entender, rubricaron la promesa, sin más palabras y con una fe capaz de trasladar montañas y de vencer océanos alborotados.

Al terminar la ferviente promesa, Andrés dijo a José Antonio:

—Y por si la Virgen del Carmen no aceptara la oferta que le hemos hecho, antes de separarnos aprieta bien, hijo mío, y hasta luego o hasta la eternidad.

Y desabrazándose ambos, fuese el padre hacia la popa, empuñando el timón, por hacer algo, y quedóse el hijo de rodillas en medio del charco de agua de la barca medio hundida.

Desde entonces cesó la industria humana y comenzó a obrar el favor divi-

no; los pescadores no volvieron a tomar los remos y la Virgen del Carmen los condujo, sólo Ella sabe cómo, a la mansura del suspirado puerto.

Si la barquilla caló o no en alta mar, si dió tumbos o cabezadas, si tardó una o dos horas en la brega, si entró virando o de frente, si vino a merced o contra la voluntad de las olas... asunto es ya que no nos interesa una higa ni supieron resolver a ciencia cierta los dos únicos testigos protagonistas de la memorable epopeya.

¡Se habían salvado!... y su salvación era obra exclusiva de la Virgen del Carmen. ¿Qué más necesitaban averiguar Andrés y José Antonio?... Y ¿qué otra cosa desea saber el lector por curioso que se le suponga?...

A los pocos días era el 16 de julio, consagrado a la Virgen del Carmen. En una ermita situada en pintoresca montaña desde donde se descubría el océano, se celebraba la fiesta de más concurrencia del lugarejo, la más animada y bullidora romería. La mañana era la más hermosa y regalada que pudiera brindar el estío.

En las vertientes de la montaña, y por sus veredas y caminos se descubrían grupos abigarrados de piadosos romeros que se enderezaban a la ermita de la Virgen, y en la planicie de la ermita se veía una apiñada muchedumbre que murmuraba toda la escala de los ruidos, desde el canturreo de las mozas que lo acompañaban al son tembloroso de las estiradas pande-retas, hasta el susurro de los familiares corrillos, y desde los más originales pregones de los vendedores de quisicosas, hasta las fervorosas plegarias de los devotos y devotas que entraban y salían visitando la imagen de Nuestra Señora del Carmen... Sobre todos estos ruidos se destacaba a menudo el sonar del clásico tamboril, y, a largos intervalos, el estallido de las nueces de algunos voladores que cruzaban el espacio como reclamo de la fiesta.

Todo esto y algo más, fuera de la ermita de la Virgen; y en su interior, muchas velas encendidas, muchos adornos rústicos y no exentos de estética religiosa, mucha gente mirando y rezando a la Virgen y oyendo misa en su altar, y en el fondo de éste, la Reina del Monte Carmelo sobre un pedestal en forma de concha, con su traje carmesí y blanca capa que descendía en airosos y bien formados pliegues, con una sonrisa de cielo en los labios de coral y de rosa, y mostrando sobre el brazo izquierdo a Jesús, fruto del vientre virginal, mientras de la mano del brazo derecho pendía, como áncora de inmortal esperanza, el Santo Escapulario carmelita.

Al terminarse una misa, y aprovechando el relativo desahogo del santuario, ven-se andar de rodillas sobre el enlosado pavimento a un hombre, un joven y una mujer. Llevan los tres, sobre el pecho, un escapulario del Carmelo, en la mano izquierda una vela encendida, y en la derecha un rosario que van rezando con piedad edificante. Van primero el hombre y el muchacho que, a lo que se ve, son pescadores por su empaque, y bien podía apostarse que eran padre e hijo por el marcado aire de familia; detrás avanza la mujer, no vieja, modesta, sencilla y hermosa, vestida de negro y cubierta con la proverbial mantilla que tan de perlas cae sobre la cabeza de la mujer española.

A lo que se adivina están cumpliendo

una promesa que habían hecho a la Virgen del Carmen en grave apuro o urgente necesidad... Y si nos acercamos y tenemos empeño en observar con alguna atención el piadoso grupo, no nos será difícil reconocer en él, por lo menos, a dos de los devotos romeros: Andrés y José Antonio; y la buena mujer que los seguía rezando, era la discreta y piadosa Francisca, que había unido su promesa a la de su marido e hijo salvados por un milagro de la Virgen...

Al día siguiente de la fiesta del Carmen, Andrés y José Antonio volvían a carenar y calafatear la barquilla maltrecha y arruinada con la aventura de marras, mientras Francisca remendaba, con pulcritud y presteza, las artes y los aparejos de pescar. La dura necesidad les obligaba a no poder abandonar el arrastrado oficio en que tantos peligros corría la pobre y cristiana familia. En medio de su penuria y de sus cuitas vivía rebotante de satisfacción doméstica, acordándose siempre de su celestial protectora, la Virgen Santísima del Carmen.

FR. MANUEL M. SAINZ, O. P.

La niña mejor

¿Quieres, Cándida, saber
cuál es la niña mejor?

Pues medita con amor
lo que ahora vas a leer.

La que es dócil y obediente,
la que reza con fe ciega,
la que canta, la que juega
con abandono inocente.

La que de necias se aparta,
la que aprende con anhelo
cómo se borda un pañuelo,
cómo se escribe una carta.

La que no sabe bailar
y sí rezar el Rosario,
y lleva un escapulario
al cuello, en vez de un collar.

La que desprecia o ignora
los desvaríos mundanos,
la que quiere a sus hermanos
y a su madrecita adora.

La que llena de candor
canta y ríe con nobleza,
trabaja, obedece y reza,
jese es la niña mejor!

GABRIEL Y GALÁN

El Obispo de Oviedo y los mineros asturianos

Que un Prelado católico pida para huelguistas socialistas es cosa nueva y que tal vez escandalizará a muchos. Sin embargo, ¡qué generosa, qué levantada, que humana, la conducta del Obispo de Oviedo, nuestro queridísimo Prelado, pidiendo para los mineros asturianos!

En la hermosa circular, que lleva fecha de primero de julio, habla el Prelado como padre de todos. Contempla a los hijos pequeños de los huelguistas faltos de necesario alimento, y acude a remediar el mal, sin reparar en cuáles sean las causas del mismo para discernir responsabilidades, que en ningún caso alcanzarían a los pequeñuelos.

Puede sorprender la conducta del Obispo; pero es que estamos cegados muy a menudo por la pasión de la lucha, y solemos olvidar las leyes de la caridad. La

Iglesia se encarga de recordarnos que los socialistas y aún los anarquistas son hermanos nuestros, hombres como nosotros, más necesitados que nosotros de la ejemplaridad de las virtudes cristianas, por lo mismo que las desconocen.

No se limita sólo a pedir para los huelguistas nuestro venerado Obispo. Sin entrar en el fondo del asunto, hace atinadas consideraciones sobre la huelga. Digamos, por último: ¡cuánto perderían de acritud las luchas sociales con el espíritu de caridad que el Obispo practica!

La Junta de la Asociación de Damas de Acción Católica acordó contribuir a la obra iniciada por el Prelado en favor de los mineros, y a este fin ha instalado cocinas gratuitas en los cotos mineros de Laviana, Mieres, San Martín de Linares, Felguera y Sotrandio.

De mi Patria chica

I.

A MIS LECTORES.

Antes de proceder a contaros mis impresiones madrileñas, me considero en el deber de daros las gracias por haberme dispensado benévolutamente esta ausencia de un mes, esta falta de comunicación que íntima y une nuestros corazones de propagandistas y cooperadores en la magna obra del bien social inspirada en las enseñanzas de Cristo.

Yo, en verdad os digo, sentía pena por silencio tan prolongado y ansiaba volver a comunicarme con vosotros, a poner en vuestras manos el periódico que vuestra bondad admite y vuestra caridad protege.

Vuelvo, pues, contentísimo a mi tarea, la que más placer me proporciona y menos fatiga de cuantas me ocupan cotidianamente.

Sólo un suscriptor, antiguo y celoso en la propaganda, se me ha quejado de esta interrupción, pues, son sus palabras, «por aquella semana que no viene RELIGION Y PATRIA pueden los habituales lectores rrelliscar a otras lecturas non sanctas».

Lo comprendo y lo lamento, pero ya ve mi querido cooperador D. L. M., que este contratiempo no ha sido buscado por mí; las necesidades de la vida me lo han traído, más diré, las obligaciones de padre de familia. Aún no tengo a quien encomendar en mis ausencias forzosas esta propaganda amadísima; quizás con el tiempo puede que lo haga, si Dios quiere, y entonces no se darán estos altos en la marcha.

Que le perdone su observación, me ruega el aludido suscriptor. Nada tengo que perdonarle y sí mucho que agradecerle; sus cartas me han demostrado siempre el interés con que trabaja en mi empresa. Dios se lo pague.

RARA COINCIDENCIA.

34 años tuvieron a mi buen padre (que en paz descansa) ausente de su pueblo natal, 34 años que fueron empleados día por día en el servicio de la Patria con una «hoja de hechos», sin nota desfavorable ninguna, antes al contrario, con acciones de guerra, en las que vertió su sangre, que le valieron distinciones honorosas y ser declarado dos veces benemérito de la Patria. Al cabo de largo tiempo pasó, por razón de edad, a la situación de retirado con un sueldo suficiente para vivir sin preocupaciones, y entonces fué cuando nos dijo a mi inolvidable madre y a mí: «Puesto que igual gano aquí que allá, vámonos a mi tierra, ansío verla y

deseo morir en ella, junto a mis mayores...

Llegó el 4 de Octubre de 1884 y emprendimos la marcha para Asturias, él contentísimo, como un chiquillo, mi madre pareceme que no tan contenta y yo, esto puedo afirmarlo, yo con el corazón lleno de amarguras y los ojos de lágrimas.

Ved ahora la coincidencia. Después de treinta y tantos años, también de ausencia total de mi querido Madrid, y contando la misma edad que entonces mi padre, pasé a la Corte, pero no a descansar en ella de fatigas que como él no había padecido ni a cuidar de la salud quebrantada, que gracias a Dios la poseo buena, sino a recibir impresiones muy íntimas, a recordar cosas de la infancia a... lo que ya os conté hace ahora dos años; para qué incurrir en repeticiones.

Mi padre se quedó en su tierra contentísimo de ello, yo tuve que dejarla después de breves días ¡el suplicio de Tántalo! Salí de allí con la dulce esperanza de volver y volví, que no en vano se lo supliqué a mis Patronos la Virgen Santísima de la Almudena y San Isidro Labrador.

Mis visitas al pueblo de mi nacimiento son visitas-relámpagos. Allí se me dice: Anda, contempla todo esto que te entusiasma, que te atrae con fuerza magnética, contéplalo «así de prisa, de prisa, todo al vuelo, todo al vuelo», como decía Campoamor, y sin pararte; tienes que dejarlo, tienes que marchar, te esperan allá, aquí volverás... o no volverás. Este fue, sí, tu pueblo un tiempo... hoy ya no te pertenece, va a salir el tren... ¡marcha! ¡marcha!... y tuve que marchar... ¡hasta cuándo? ¡No lo sé!... Quizás hasta siempre.

Horrible padecimiento para todo aquel que ame de veras a su patria chica y no la puede poseer. ¿Y quién hay que no ame a su pueblo y que no le guste hablar de él mucho... mucho?...

Vosotros, queridísimos y pacientes lectores, creo que no habéis de ser tan crueles conmigo que no me permitáis siquiera en algunos números vivir de mis recuerdos, hablaros algo de esta mi segunda visita, de lo que ví y oí que puede redundar al bien de propaganda y a fomentar el amor al solar nativo, engendrador del grande amor a la Patria grande, madre amorosa que a todos nos cobija, infundiéndonos con el conocimiento de su historia heroica y de sus hijos excelsos, héroes y santos, el amor de hermanos y la intensa aspiración del alma a esa otra Patria gloriosa y sin fin para la que todos fuimos creados y conseguiremos si aquí en la terrena nos portamos como hombres dignos y cristianos.

J.

La monja y el musulmán

Hace unos días dos religiosas de la Congregación de las Hermanas Blancas viajaban en Argelia en la misma diligencia con dos musulmanes.

Durante más de dos horas, estos moros estuvieron rezando suras o versículos del Corán. Uno de los discípulos de Mahoma, dirigiéndose a las religiosas, preguntó?

—¿Podrían ustedes estar rezando tanto tiempo como nosotros?

—Aún más—contestó la monja—. Sidna Aisa (Jesucristo) nos encomendó rezar siempre, y así, cuando nuestro labio calla, nuestro corazón continúa hablando con Dios.

El musulmán meditó un instante, y contestó:

—Tu oración es buena, y tu vida es buena también. Pero, explicame: ¿Para qué sirve, si tu Dios te mandó que te casaras?

—Escucha, sídi—replicó la monja—. Un día me dijo mi corazón: Hay muchos niños sin padre ni madre que les eduquen; muchos ancianos sin hijos que los sostengan; muchos enfermos sin nadie que vende sus llagas; muchos afligidos que nadie consuela. ¿No es así?

—Sí—dijo el moro suspirando—. Hay muchos que lloran sobre la tierra.

—Por esto dije: No me casaré ni tendré más familia que la gran familia de los que sufren. Seré la madre de los huérfanos, la hija de los ancianos abandonados; cuidaré a los enfermos, consolaré a los que sufren, y para realizar tales cosas es por lo que estoy entre vosotros. ¿Comprendes ahora, sídi, por qué no me he casado?

Recuerdo eficaz

«En el año 1841—dice Mons Segur—vivía yo en París y era miembro de una conferencia de San Vicente de Paul. Algunos de los jóvenes que la componían, tenían la piadosa costumbre de visitar una o dos veces cada semana a los pobres enfermos de los hospitales del pueblo.»

«A mi me ha cabido en suerte el hospital Necker, situado en la calle de Sévres.»

«La sala que había de visitar aquel día está confiada a los cuidados de una Hermana de la Caridad, encanecida en el admirable ministerio de su Instituto, y tan infatigable para aliviar los padecimientos de los enfermos, como celosa de la salvación de sus almas. Al llegar fui, como de costumbre, a ponerme a las órdenes de la buena Hermana. Recomendóme un hombre de treinta y dos a treinta y tres años, tísico en el último grado.

Por más que he hecho, me dijo, nada he podido sacar de él; tres o cuatro veces me ha enviado a paseo y hasta ahora ha recibido al capellán del Hospital con expresiones groseras. Un hermano de San Vicente de Paul ha obtenido mejores resultados que nosotros. Es probable que también le mande a usted a paseo; pero en fin, no debe omitirse nada. Se trata de la gloria de Dios y de la salvación de una pobre alma.»

«Hice mi visita y quedé estupefacto al verle. Permanecía sentado en la cama reclinado sobre tres o cuatro almohadas; en su rostro estaba pintada la muerte; su faz era lívida y de un blanco amarillento, y la extrema demacración, la casi absoluta falta de carnes del semblante daba a sus ojos una apariencia extraña...»

Acerquéme a su cama. Miróme fijamente sin decirme nada. Le pregunté por su salud: «Querido amigo, díjeme, la Hermana me ha manifestado que usted padecía mucho y que estaba enfermo largo tiempo hacía.»

No me responde; pero la mirada de aquel hombre se hacía por momentos más y más dura, y parecía decirme: «Ningún provecho saco de tus expresiones de sentimiento; déjame en paz.»

Hice como que no lo advertía y proseguí: «Padece usted mucho ahora, ¿podría yo aliviarle en algo?»

Ni una palabra.

«¿Qué quiere usted, pobre amigo? Haga usted de la necesidad virtud, y ofrez-

ca sus padecimientos a Dios en expiación de sus faltas; a lo menos así le serán provechosos.»

Siempre el mismo silencio y la misma acogida.

La situación empezaba a hacerse difícil. El enfermo me miraba cada vez con ojos más y más amenazadores, y yo conocía que estaba a punto de prorrumper en injurias contra mí.

La providencia de Dios me envió una súbita inspiración. Acerquéme con viveza al desgraciado y díjeme a media voz: ¿Hizo usted una buena primera Comunión?

Estas palabras produjeron el efecto de una conmoción eléctrica. Hizo un ligero movimiento; cambió la expresión de su semblante y más bien murmuró que no dijo: Sí, señor.

¡Y bien! repliqué, amigo mío, ¿no es verdad que entonces usted era feliz?

—Sí, señor, respondíome con voz conmovida, y al propio tiempo ví surcadas sus mejillas por dos gruesas lágrimas. Cogile las manos. «¿Y por qué entonces usted era feliz, si no porque era puro, casto, amante y temeroso de Dios, en una palabra, buen cristiano? Pero aquella felicidad puede volver todavía y Dios es el mismo.» El continuaba llorando. «¿No es verdad que quiere usted confesarse? le añadí.»

«Sí, señor, dijo entonces haciendo un esfuerzo, y abalanzándose hacia mí para abrazarme, lo cual hice yo con toda la efusión de mi alma. Díjeme algunos sencillos consejos para facilitarle la ejecución de su buen propósito y me despedí de él en seguida. Manifesté a la Hermana el inesperado resultado de mi visita. No sé lo que sucedió después; pero lo que quedó profundamente grabado en mi memoria, o más bien grabado en mi corazón, es la maravillosa fuerza, el admirable poder de la misericordia de Dios, que con sólo una palabra mudó en un instante aquel corazón duro como una piedra.

El sólo recuerdo de su primera Comunión bastó para convertir y probablemente para salvar a aquel infeliz moribundo. ¡Dichoso él que la había hecho bien; porque si, como desgraciadamente hacen tantos, hubiese ejecutado con negligencia este grande acto de la vida cristiana, muy insignificante impresión hubiera causado sin duda en su corazón la memoria que le hice del mismo!»

NOTICIAS

De nuestros periódicos de cambio

Un Obispo condecorado.—A la vuelta del viaje que D. Alfonso XIII ha realizado por las Hurdes, ha dirigido el soberano al Obispo de Coria, muy cariñoso y expresivo mensaje, notificándole que le concede la Gran Cruz de Isabel la Católica, en premio a su labor evangélica y a sus trabajos y desvelos, de alta caridad cristiana, en pro de los desgraciados habitantes de la triste región hurdana.

Bien merece la Iglesia esa distinción porque a ella deben los hurdanos casi la única civilización que poseen sin que hayan recibido ni los Párrocos ni el Prelado la poderosa ayuda que se necesita en aquellos terrenos incultos y abandonados.

El Cristo de Limpias.—Monsieur Constant Shulbert, director general del Ministerio de Agricultura de Bélgica, envía desde Bruselas al Sr. Párroco del célebre Santuario una hermosísima carta, en la

que da cuenta detallada de su visita al Santo Cristo de Limpias.

Durante dos días permaneció, acompañado de su esposa, visitando el Santuario, mañana y tarde.

Repétidas veces fué favorecido con los prodigios obrados por el Santo Cristo, refiriéndolos con minuciosidad de detalles.

Al regresar a Bélgica, es M. Schulber un entusiasta propagador de la devoción al Cristo de Limpias, cuya imagen es venerada en muchos templos de aquella católica nación.

En la cárcel de Melilla.—En la cárcel pública de Melilla, el día 23 del pasado, se verificó la entronización del Sagrado Corazón de Jesús.

Al acto, que estuvo brillantísimo, asistieron numerosas damas, presididas por la señora del general Ardanaz.

Se rezó una misa en presencia de todos los reclusos. Luego hubo concursos, función teatral, rondallas, fuegos artificiales y comidas extraordinarias a los reclusos.

Estos expresaron su gratitud a los visitantes y a cuantos han contribuido a los festejos.

Muy bien razonado.—Un periódico de la extrema izquierda, doliéndose de que

se le cercenasen sus libertades antimilitaristas, dice:

«Si no permitis que discutamos a Dios y a todo lo que con la divinidad se relaciona; si nos consentis que hagamos propaganda antirreligiosa y que cubramos de ridículo y tratemos de rodear de desprestigio las personas y las cosas de la Religión, ¿por qué habéis de tener la manga más estrecha, el criterio legal menos amplio, y os asaltan escrúpulos y temores de toda clase cuando nuestras plumas actúan a manera de picas contra las instituciones militares?»

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. C. P.—Faleches.—Recibidas 15 pesetas.

Sr. C. de P. de Siero.—Conforme con su liquidación.

Sra. D.ª A. A.—P. de Lena.—Pagó fin Junio 1922.

Sra. D.ª E. R.—Madrid.—Id. fin Julio 1922.

Sras. D. P.—Madrid.—Pagaron fin Junio 1922.

DONATIVOS

Una señora de Gijón, excelente propagandista, 10 pesetas.

Un señor sacerdote, 25 id.

Util y dulce

Hoy todo para descurrir en las playas veraniegas.

Logogrifo

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 Combate famoso.
- 7 2 2 7 5 9 8 Medio curativo.
- 4 8 6 3 9 Verbo.
- 3 6 7 5 Hierba.
- 4 8 Nota musical.
- 6 Número romano.

Colmos

- El de la sed.
- El de la extranjería.
- El del aseo.

Geroglífico

- Tifus
- Cólera
- Viruelas
- Tisis

(Las soluciones en el próximo número)

C. L. R.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

TEJIDOS EN GENERAL ALMACENES Y PAÑERIA

La casa mejor surtida y la más popular de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

Adornos para vestidos, lanas, corsets, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato. San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

La Rusquilla

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica. Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Esta casa recibe constantemente las más ALTAS NOVEDADES para Señora y Caballero :: GRAN SURTIDO EN GÉNEROS BLANCOS

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

PRECIO FIJO :: TELEFONO 843

ACEBAL, RATO Y COMP. FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor :: GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luces, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca.

Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general. prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

TELÉFONO 312.

FUNERARIA DE HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES

de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 280

GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua) Harinas superiores :: Chocolates exquisitos :: Pan superior de todas clases :: Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

Doctor Calisto de Rato y Rocas

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DEL SISTEMA NERVIOSO

Cuarenta y cinco años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 62. GIJÓN.